

asignación para darlos al cesante, siendo el objeto de este noble sacrificio el hacer más llevadera á los individuos del Directorio la transición del poder supremo á la vida privada, especialmente á los que no estaban muy bien acomodados.

Una razón de dignidad había también para obrar de este modo, porque no conviene á la consideración de ningún gobierno dejar en la indigencia al hombre que el día antes se hallaba en la cumbre del poder; razón que decidió á los directores á dulcificar de un modo conveniente la suerte de sus compañeros. Sus asignaciones eran ya tan pequeñas, que pareció excesiva la cesión de diez mil francos; y así resolvieron dar cien mil francos de una sola vez á cada director de los que saliesen, gravándose de este modo al Estado con una carga de cien mil francos. Esta suma debía pedirse al ministro de Hacienda, que podía adquirirla de los muchos fondos reservados que proporciona un presupuesto de seiscientos ú ochocientos millones. Decidióse además que cada director se llevase su coche y caballos, y como todos los años el cuerpo legislativo otorgaba gastos de mueblaje, debían manifestarse éstos, con lo cual se legitimaba esta disposición.

Los directores acordaron también repartirse entre sí las economías que hiciesen en dichos gastos, que á la verdad, poco perjudicaban á las rentas públicas, en caso de que las perjudicasen algo; y mientras los generales y asentistas ganaban sumas tan enormes, cien mil francos anuales para que se alimentase un hombre que acababa de ser jefe del gobierno, no eran una usurpación. Las razones y forma de esta disposición la ex-

saban en cierto modo; mas Larevelliere, á quien se le participó, no quiso nunca acceder á ello, y declaró á sus colegas que jamás recibiría su parte. Rewbell cobró la suya, dándole los cien mil francos de los dos millones de gastos secretos, de que no estaba obligado á dar cuenta el Directorio. Esta es la única falta que puede colectivamente imputárseles, y sólo uno de los individuos, de los doce que se sucedieron, fué acusado de haberse embolsado alguna ganancia; pero ¿qué gobierno hay en el mundo de quien no pueda decirse otro tanto?

Era preciso nombrar un sucesor á Rewbell; y deseando adquirir un hombre de gran prestigio para dar cierta consideración al Directorio, se acordaron de Sieyes, cuyo nombre era después del de Bonaparte el más célebre de la época. Su embajada en Prusia había aumentado su fama, considerándose, y con razón, como un ingenio profundo; pero después que fué á Berlín, le atribuían la conservación de la neutralidad prusiana, que, á decir verdad, no se debía tanto á su intervención como á la situación de esta potencia. Por esta razón se le creía tan á propósito para dirigir el gobierno como para concebir una constitución, y por lo mismo le eligieron director. Hubo muchos que se figuraron ver en este nombramiento la confirmación del rumor generalmente esparcido sobre modificaciones muy próximas en la Constitución, diciendo que se había colocado á Sieyes en el Directorio para que interviniese en esta operación, porque dudaban tanto de que pudiera sostenerse el actual orden de cosas, que en cada suceso se hallaban indicios seguros de algunas reformas.

CAPITULO XVI

Continuación de la campaña de 1799. — Massena reúne el mando de los ejércitos de Helvecia y del Danubio, ocupando la línea del Limmat. — Llegada de Suwarow á Italia. — Scherer transmite el mando á Moreau. — Batalla de Cassano. — Retirada de Moreau más allá del Po y del Apenino. — Intenta reunirse con el ejército de Nápoles. — Batalla de Trebbia. — Coalición de todos los partidos contra el Directorio. — Revolución del 30 pradiar. — Larevelliere y Merlin salen del Directorio.

En el intervalo que se empleó en introducir en el gobierno las modificaciones que acabamos de indicar, el Directorio no había dejado de hacer los mayores esfuerzos para reparar los descalabros sufridos al principio de la campaña. A Jourdan se le retiró el mando del ejército del Danubio, recibiendo Massena el de todas las tropas acantonadas desde Dusseldorf hasta el San Gotardo. Esta elección feliz debía salvar á Francia. Impaciente Scherer por abandonar un ejército cuya confianza había perdido, obtuvo autorización para transmitir el mando á Moreau. Macdonald recibió orden urgente de evacuar el reino de Nápoles y los Estados romanos para ir á reunirse con el ejército de la alta Italia. Todos los antiguos batallones que se retenían en el interior eran encaminados á la frontera; acelerábase el equipo y la organización de los quintos, y comenzaban á llegar los refuerzos por todas partes.

Apenas fué nombrado Massena general en jefe de los ejércitos del Rin y de Suiza, trató de distribuir convenientemente las fuerzas que se le habían confiado, y por cierto que no podía haberse encargado del mando en situación más crítica. Sólo tenía, cuando más, treinta mil hombres, esparcidos por Suiza, desde el valle del Inn hasta Basilea. Hallábase enfrente de Bellegarde, que mandaba treinta mil hombres en el Tirol, de Hotze con veintiocho mil en el Voralberg y del archiduque con cuarenta mil entre el lago de Constanza y el Danubio. Esta masa de cien mil hombres aproximadamente podía envolverle y aniquilarle; porque si el archiduque no se hubiera visto contrariado por el consejo áulico, detenido por una enfermedad y hubiese atravesado el Rin por entre el lago de Constanza y el Aar, hubiera podido cortar á Massena el camino de Francia, envolverle y derrotarle. Por fortuna no era árbitro de sus movimientos, ni tenía tampoco bajo sus inmediatas órdenes á Bellegarde y Hotze; lo cual excitaba entre los tres generales continuas desavenencias é impedía que se ayudasen para una operación decisiva.

Estas circunstancias favorecieron á Massena y pudo tomar una posición sólida y distribuir convenientemente las tropas de su mando. Todo probaba que el archiduque quería observar solamente la línea del Rin por la parte de Alsacia, proponiéndose operar en Suiza entre Schaffhause y el Aar; por consiguiente, Massena hizo volver á Suiza á la mayor parte del ejército del Danubio, designándole posiciones que hubiera debido tomar desde el principio, es decir, inmediatamente después de la

batalla de Stokach; pero cometió el error de dejar largo tiempo á Lecourbe en Engadina, viéndose obligado éste á retirarse, después de haber sostenido brillantes combates, en los que mostró una intrepidez y presencia de ánimo admirables. Los Grisones quedaron evacuados, y Massena distribuyó entonces su ejército desde la gran cordillera de los Alpes hasta la confluencia del Aar con el Rin, eligiendo la línea más adecuada á sus planes.

Muchas son las corrientes de agua que ofrece Suiza y que saliendo de los grandes Alpes la cruzan toda para precipitarse en el Rin. La más extensa y caudalosa de todas éstas es el mismo Rin, que tomó su origen no lejos del San Gotardo, corre primero hacia el Norte, extendiéndose después por el lago de Constanza, del cual sale por cerca de Stein, siguiendo la dirección del Oeste, donde empieza á desviarse otra vez hacia el Norte para formar la frontera de Alsacia: esta corriente es la mayor, comprendiendo toda Suiza. La segunda, la de Zurich, inscrita en la anterior, que es la del Linth, la cual, naciendo en los pequeños cantones, se detiene para formar el lago de Zurich, sale de él con el nombre de Limmat, yendo á confundirse en el Aar, no lejos de la embocadura de este último en el Rin. Esta línea, que sólo comprende una parte de Suiza, es mucho menos extensa que la primera. Por fin hay otra, la de Reuss, inscrita también en la precedente, que desde el cauce del Reuss pasa al lago de Lucerna, y desde éste al Aar, muy cerca del punto en donde se precipita el Limmat; líneas que empezando en la derecha, al pie de enormes montañas, y perdiéndose en la izquierda entre grandes ríos, consistiendo unas veces en riachuelos y otras en lagos, presentan innumerables ventajas para la defensa. Massena no podía esperar poseer la mayor, que era la del Rin, teniendo que extenderse desde el San Gotardo hasta la embocadura del Aar, y así se vió obligado á retirarse á la del Limmat, donde se situó sólidamente. Extendió su ala derecha, que constaba de las tres divisiones Lecourbe, Menard y Lorges, desde los Alpes hasta el lago de Zurich, bajo el mando de Ferino, colocando su centro en el Limmat, que comprendía las cuatro divisiones de Oudinot, Vandamme, Thureau y Soult, mientras su izquierda guardaba el Rin hacia Basilea y Estrasburgo.

Massena, antes de estacionarse en esta posición, trató de impedir por medio de un combate la unión del archiduque con su segundo Hotze, pues estos dos generales situados en el Rin, el uno antes de la entrada

del río en el lago de Constanza y el otro después de su salida de este lago, se hallaban separados por toda la línea de éste. Al cruzar esta línea y fijarse delante de la de Zurich y el Limmat, donde se hallaba Massena, debían salir de los dos extremos del lago para verificar su reunión al otro lado, pudiendo Massena elegir el momento en que no hubiese llegado Hotze, precipitarse sobre el archiduque, rechazarle al otro lado del Rhin, acudir contra Hotze y hacer con él lo mismo que con el archiduque. Se calculó que hubiera tenido tiempo para efectuar estas operaciones y batir aisladamente á los dos generales austriacos; pero por desgracia no pensó en atacarlos hasta que ya estaban muy próximos para poder protegerse recíprocamente. Combatieron en muchos puntos el 5 pradiel (24 mayo), en Aldelfingen y en Frauenfeld; y aunque en todas partes logró ventajas, gracias al impulso que daba siempre á su ejecución, no pudo, sin embargo, impedir que se reuniesen; viéndose obligado á replegarse á la línea del Limmat y de Zurich, donde se preparó á recibir valerosamente al archiduque, si éste se decidía á atacarle.

Los acontecimientos de Italia habían sido mucho más desgraciados, pues aún no habían cesado los desastres.

Suwarow se había reunido al ejército austriaco con una división de veintiocho ó treinta mil rusos. Tomó Melas el mando del ejército austriaco, siendo Suwarow general en jefe de ambos ejércitos, que ascendían lo menos á noventa mil hombres. Llamábanle el invencible; era muy célebre por sus campañas contra los turcos y sus crueldades en Polonia, y tenía mucha energía en su carácter extravagante, afectado y frenético, pero sin talento alguno de combinación. Era un verdadero bárbaro incapaz por fortuna de calcular el valor de sus fuerzas, pues de lo contrario hubiera acaso aniquilado la república. Su ejército era lo mismo que él; se distinguía por su gran valor y fanatismo, mas no por su instrucción. La artillería, caballería é ingenieros no sabían hacer uso de otra arma que no fuera la bayoneta, de la cual se servían como los franceses al principio de la revolución. Suwarow, sumamente descomedido con sus aliados, puso entre los austriacos oficiales rusos para enseñarles el manejo de la bayoneta. Hablaba en el más altivo lenguaje, diciendo que las *mujeres, señoritos y holgazanes* debían dejar el ejército; que los habladores que no hacían más que zaherir *el servicio del soberano*, serían tratados como egoístas y perderían sus grados, debiendo sacrificarse todo el mundo por librar á Italia de los franceses y ateos. Tal era el estilo de sus proclamas: felizmente, después de habernos hecho bastante mal, esta energía salvaje iba á encontrarse con la discreción juiciosa y meditada y estrellarse contra ella.

Scherer, faltándole enteramente su presencia de ánimo, se retiró al momento sobre el Adda, acompañado de los gritos de indignación de sus soldados, habiendo perdido diez mil hombres entre muertos y prisioneros, de los cuarenta y seis mil de que se componía su ejército. Viéndose después en la necesidad de dejar ocho mil en Pescara ó Mantua, no le quedaron más que veintiocho mil; sin embargo, si con esta poca gente hubiera sabido maniobrar con acierto, hubiera podido dar á Macdonald tiempo para incorporarse con él y evitar muchos desastres; pero se situó en el Adda muy des-

ventajosamente, distribuyendo su ejército en tres divisiones: la de Serrurier en Lecco, á la salida del Adda de aquel lago; la de Grenier en Cassano, y la de Víctor en Lodi. Situó á Montrichard con algunos cuerpos ligeros hacia Módena y las montañas de Génova para conservar las comunicaciones con Toscana, por donde debía salir Macdonald; de suerte que, esparcidos así por una línea de veinticuatro leguas sus veintiocho mil hombres, no podían resistir en ninguna parte y debían ser arrollados en cuantas se presentase el enemigo con algunas fuerzas.

En la tarde del 8 floreal (27 de abril) y en el momento de estar ya rota la línea del Adda, entregó Scherer á Moreau la dirección. Motivos tenía este valiente general para no aceptarla, pues se le había hecho descender á general de división, dándole el mando en aquel momento, porque la campaña estaba perdida y no se experimentaban más que desastres; sin embargo, aceptó una derrota al recibir el mando en el mismo momento de hallarse forzado el Adda, con una generosidad patriótica que nunca ponderará demasiado la historia. Aquí empieza la parte menos celebrada y más gloriosa de su vida.

Suwarow habíase aproximado al Adda por diferentes puntos, y cuando se presentó el primer regimiento ruso delante del puente de Lecco, salieron los valientes carabinieri de la 18.^a ligera de las trincheras y acometieron á aquellos soldados que se tenían por colosos é invencibles. Quedaron rechazados los rusos, pues llenos de admirable valor los corazones de nuestros valientes soldados, querían que se arrepintiesen de su viaje aquellos miserables bárbaros que se mezclaban en una cuestión que no les pertenecía. El nombramiento de Moreau les había llenado de entusiasmo y confianza, pero por desgracia la posición no era para defenderse. Suwarow, rechazado en Lecco, había hecho pasar el Adda por dos puntos, Brivio y Trezzo, por la parte superior é inferior de la división de Serrurier, que formaba la izquierda, hallándose así interceptada ésta del resto del ejército. Moreau sostuvo en Trezzo con la división Grenier un furioso combate para rechazar al enemigo al otro lado del Adda y ponerse así en comunicación con Serrurier. Combatió con ocho ó diez mil hombres contra una división de más de veinte mil; y sus soldados, animados por su presencia, hicieron prodigios de valor; mas no pudieron rechazar al enemigo al otro lado del Adda. Por desgracia Serrurier, que no podía recibir orden alguna, no tuvo la precaución de acudir al mismo punto de Trezzo, donde Moreau se obstinaba en combatir para ponerse en comunicación con él. Fué necesario ceder y abandonarle á su suerte. Serrurier, rodeado con su división por todo el ejército enemigo, se batió con extremada desesperación, hasta que, cercado por todas partes, tuvo que deponer las armas. Gracias al atrevimiento y entereza de un oficial, se salvó parte de ella por las montañas en el Piamonte. Durante esta terrible acción, Víctor se retiró apresuradamente á la espalda con su división entera, y á esto se concretó la fatal jornada llamada de Cassano, que ocurrió en el 9 floreal (28 de abril) y redujo al ejército á unos veinte mil hombres.

Con aquel puñado de valientes, Moreau se atrevió á retirarse sin perder ni un momento aquella serenidad

de ánimo con que le había dotado la naturaleza. Reducido á veinte mil soldados en presencia de un ejército que hubiera podido ascender á noventa mil si se hubiese sabido hacerle marchar en masa, no vaciló un momento, siendo esta serenidad más digna de celebrarse aún que la que manifestó al volver de Alemania con un ejército de sesenta mil hombres vencedores, y con todo no se ha celebrado esta última; ¡tal es el influjo de las pasiones en los ánimos de los contemporáneos!

Moreau procuró por de pronto proteger á Milán para facilitar el medio de evacuar los parques y dejar expedidos los equipajes, dando tiempo á los individuos del gobierno cisalpino y á todos los milaneses comprometidos para retirarse á su espalda. Nada más peligroso para un ejército que estas familias de fugitivos que se ve obligado á colocar entre sus filas, pues entorpecen su marcha, sus movimientos y pueden á veces comprometer su existencia. Moreau, después de haber pasado dos días en Milán, emprendió su marcha para atravesar el Po, y según los movimientos de Suwarow, juzgó que podría establecerse ventajosamente; tenía que atender á dos objetos: cubrir sus comunicaciones con Francia y con Toscana, por donde se adelantaba el ejército de Nápoles. Para lograr tan interesante mira, creyó conveniente ocupar la vertiente de las montañas de Génova, que era el punto más favorable, y marchó en dos columnas; la una, escoltando los parques, bagajes y tren del ejército tomó el camino real de Milán á Turín, y la otra se dirigió hacia Alejandría para ocupar los caminos de la ribera de Génova. Efectuó esta marcha sin que le molestase mucho el enemigo, pues en vez de caer Suwarow con sus vencedoras fuerzas sobre nuestro débil ejército y aniquilarle completamente, hacía que le tributasen en Milán los honores del triunfo clérigos, frailes y nobles y todos los partidarios del Austria, que entraban en confuso tropel detrás de los ejércitos coligados.

Moreau tuvo tiempo de llegar á Turín y enviar á Francia todo su tren de guerra. Armó la ciudadela, procuró reanimar á los partidarios de la república y se reunió después con la columna que dirigió á Alejandría. Eligió allí una posición que prueba todo el tino de su talento, situándose en la confluencia de los dos ríos Tánaro y Po, que se unen por más abajo de Alejandría al bajar del Apenino. Estando así cubierto por uno y otro no temía un ataque á viva fuerza, y guardaba al mismo tiempo todos los caminos de Génova, pudiendo esperar tranquilamente la llegada de Macdonald. Esta posición no podía ser más acertada, porque ocupaba á Casale, Valenza, Alejandría y tenía una sucesión de puntos en el Po y el Tánaro, y sus fuerzas se hallaban colocadas de modo que podían acudir en pocas horas al primer punto atacado. Situóse allí con veinte mil hombres y espíó con imperturbable serenidad los movimientos de su formidable enemigo.

Afortunadamente Suwarow empleó mucho tiempo en avanzar y pidió al consejo áulico que pusiera á su disposición el cuerpo austriaco de Bellegarde, que estaba destinado al Tirol. Este cuerpo acababa de llegar de Italia, y hacía subir el ejército combinado á más de cien mil hombres; pero teniendo Suwarow orden de sitiar á un mismo tiempo á Pescara, Mantua y Pizzighetone, queriendo resguardarse á la vez por la parte de Suiza, e

TOMO V.

ignorando además el arte de distribuir las masas, sólo tenía cuarenta mil hombres disponibles, fuerza por lo demás muy suficiente para aniquilar á Moreau si hubiese sabido emplearla con destreza.

Suwarow vino por fin á bordear el Po y el Tánaro, colocándose enfrente de Moreau, que se estableció en Tortona, donde situó su cuartel general.

Pasados algunos días de descanso, resolvió por fin una tentativa contra el ala izquierda de Moreau, es decir, por la parte del Po. Un poco más arriba de la confluencia de este río con el Tánaro y enfrente de Muga-



Suwarow

rone, se encuentran unas islas cubiertas de árboles, á cuyo favor resolvieron los rusos intentar el paso, como en efecto lo verificaron en la noche del 22 al 23 floreal (11 á 12 de mayo) en número de unos dos mil por una de aquellas islas, hallándose así á la otra parte del brazo principal. El que les quedaba por pasar era de poca consideración y podía atravesarse á nado, lo cual hicieron audazmente, pasando á la orilla derecha del Po.

Los franceses, conociendo el peligro, acudieron al punto amenazado; y Moreau que estaba alerta por otras demostraciones hechas por la parte del Tánaro, esperó que se descubriese bien el verdadero punto de peligro para acudir á él con fuerzas: así que se convenció enteramente, dirigióse allí con su reserva, precipitando en el Po á los rusos que se habían atrevido á pasarlo, los cuales perdieron dos mil quinientos hombres entre muertos, ahogados y prisioneros.

Aquel vigoroso golpe aseguraba enteramente la posición de Moreau en el singular triángulo que había elegido; pero le inquietaba la inacción del enemigo, pues temía que Suwarow hubiese dejado sólo un destacamento delante de Alejandría, y que hubiera subido

por el Po con el grueso de sus fuerzas para dirigirse á Turín y tomar por la espalda la posición de los franceses, ó que hubiese salido al encuentro de Macdonald. Indeciso, pues, por la inacción de Suwarow, resolvió obrar por sí y convencerse del estado de la campaña; y así ideó abandonar á Alejandría y efectuar un buen reconocimiento. Si el enemigo no había dejado á su vista más que un destacamento, proyectaba convertir el reconocimiento en un ataque formal, dispersar este destacamento y retirarse después poco á poco por la carretera de la Bochetta hacia las montañas de Génova para esperar á Macdonald; mas si por el contrario se hallaba con la fuerza principal, intentaba replegarse inmediatamente y tomar al instante la ribera de Génova por todas las comunicaciones que le quedaban. La razón más poderosa que tuvo para adoptar este partido decisivo fué la insurrección del Piamonte á sus espaldas, que le precisaba á aproximarse á su base cuanto antes pudiera.

Mientras Moreau formaba aquel acertado plan, Suwarow concibió otro totalmente descabellado. Su posición en Tortona era seguramente la mejor que podía elegir, porque le colocaba entre dos ejércitos franceses, el de la Cisalpina y el de Nápoles, y no debía dejarla de ningún modo; mas, sin embargo, trató de llevar parte de sus fuerzas al otro lado del Po para subir por el río hasta Turín, apoderarse de esta capital, organizar en ella á los realistas del Piamonte y allanar la posición de Moreau. Semejante maniobra era un desacierto, porque para lograr su objeto era menester intentar un ataque directo y vigoroso, y sobre todo no abandonar la posición intermedia de los dos ejércitos que procuraban reunirse.

En tanto que Suwarow, dividiendo sus fuerzas, dejaba parte de ellas en los alrededores de Tortona á orillas del Tánaro y llevaba las restantes al otro lado del Po para dirigirse contra Turín, Moreau efectuaba el proyectado reconocimiento. Adelantó la división de Víctor para atacar vigorosamente al cuerpo ruso que tenía á la vista, y él se quedó un poco detrás con toda su reserva, preparado á trocar el reconocimiento en un ataque formal, si creía poder destruir á los enemigos. Después de un encuentro bastante reñido en que las tropas de Víctor desplegaron un valor extraordinario, Moreau creyó que tenía delante todo el ejército ruso, y no se atrevió á atacar del todo, recelando tener que habérselas con un enemigo muy superior; por consiguiente, de los dos partidos que se había propuesto adoptar, prefirió el segundo como más seguro, y resolvió retirarse á las montañas de Génova. Era su posición sumamente crítica, porque se hallaba sublevado el Piamonte á su espalda y ya un cuerpo de los insurgentes se había apoderado de Ceva, que cierra el único y principal camino para la artillería. Estaba amenazado de quedar cogido el gran convoy de los objetos artísticos sacados de Italia, y todas estas circunstancias eran muy delicadas, porque si se tomaban los caminos situados más á la espalda, que salían á la ribera de Poniente, Moreau temía separarse mucho de las comunicaciones de Toscana, dejándolas á merced del enemigo, á quien suponía reunido en masa alrededor de Tortona.

En semejante incertidumbre, decidióse al momento, dando las siguientes disposiciones; envió á la división

de Víctor sin artillería ni bagajes por sendas transitables sólo para la infantería á las montañas de Génova, con orden de ocupar á toda prisa los pasos del Apenino para incorporarse con el ejército procedente de Nápoles y reforzarle en caso de que le atacase Suwarow. Moreau con solos unos ocho mil hombres salió con su artillería, caballería y todo lo demás que no podía seguir las veredas de las montañas, á una de las carreteras que se encontraban á la espalda de Ceva y dirigían á la ribera de Poniente. Además calculaba, al decidirse á esta retirada excéntrica, que atraería á sí al ejército enemigo y le separaría de perseguir á Víctor y acometer á Macdonald.

Víctor se retiró felizmente por Acqui, Spigno y Dego, yendo á ocupar las cumbres del Apenino, mientras Moreau se retiró con extraordinaria ligereza á Asti, pues la toma de Ceva, que le interceptaba su principal comunicación, le tenía en gran cuidado. Dirigió por el collado de Fenestrelle casi todos sus parques sin conservar más que la artillería de campaña que le era indispensable, y resolvió abrirse paso por el Apenino, haciéndole construir por sus propios soldados. Después de cuatro días de increíbles esfuerzos, el camino quedó transitable para la artillería, trasladándose Moreau á la ribera de Génova sin haber retrocedido hasta el collado de Tenda, lo cual le hubiera apartado mucho de las tropas de Víctor. Al saber Suwarow la retirada de Moreau, se apresuró á perseguirle; pero no supo adivinar ni prevenir sus sabias combinaciones; y así, gracias á su serenidad y destreza, Moreau logró conducir sus veinte mil hombres sin que se los desbaratasen, antes bien conteniendo á los rusos dondequiera que los había hallado. Dejó en Alejandría una guarnición de tres mil hombres, y se hallaba con unos diez y ocho mil en los alrededores de Génova, situado en la cumbre del Apenino, y esperando que llegase Macdonald. Había conducido para incorporarlos á éste á la división de Lapoype, al cuerpo ligero de Montrichard, y á la división de Víctor al alto Trebbia. Él seguía en las cercanías de Novi con el resto del ejército, y su plan de reunión estaba profundamente meditado. Podía traer al ejército de Nápoles por las orillas del Mediterráneo, reunirle en Génova y salir con él de Bochetta, ó bien hacerle salir de Toscana á las llanuras de Plasencia y márgenes del Po. El primer intento aseguraba la incorporación, porque se efectuaba al abrigo del Apenino; pero había que atravesarlo de nuevo y encontrarse de frente con el enemigo para apoderarse de la llanura. Saliendo por el contrario por delante de Plasencia, dominaba toda la llanura hasta el Po, formaba en sus orillas el campo de batalla, y en caso de victoria, precipitaba en él al enemigo. Moreau quería que Macdonald tuviese su izquierda apoyada siempre en las montañas para unirse con Víctor, que estaba en Bobbio, y él no cesaría de observar á Suwarow, dispuesto á acometerle por sus flancos si salía al encuentro de Macdonald. En semejante situación parecía la incorporación tan segura como detrás del Apenino y se situaba en terreno favorable.

El Directorio, entretanto, acababa de reunir en el Mediterráneo considerables fuerzas marítimas, poniéndose al frente de la escuadra de Brest el ministro de Marina Bruix, que había hecho levantar el bloqueo de la española y cruzaba el Mediterráneo con cincuenta navíos,

con el objeto de librarle de los ingleses y restablecer las comunicaciones con el ejército de Egipto. Al verificarse aquella reunión tan deseada que podía restablecer nuestra preponderancia en los mares de Levante, hallábase Bruix á la sazón á la vista de Génova, circunstancia que llenó de alegría á nuestro ejército. Decíase que conducía víveres, municiones y refuerzos, y aunque esto no era cierto, Moreau se valió de estas voces, y procuró confirmarlas, esparciendo la noticia de que la escuadra acababa de desembarcar veinte mil hombres y considerables provisiones. Con esta noticia, alentóse mucho el ejército y decayó por el contrario la confianza del enemigo.

A mediados de pradiel (primeros de junio) ocurrió en Suiza un nuevo acontecimiento.

Hemos visto ya que Massena tenía ocupada la línea de Limmat ó Zurich, y que el archiduque, saliendo con dos grandes divisiones para ambos extremos del lago de Constanza, ceñía aquella línea en toda su extensión. Resolvió atacarle entre Zurich y Bruck, esto es, entre el lago de Zurich y el Aar, en la prolongación del Limmat. Massena había tomado posición, no en el mismo Limmat, sino en una cordillera de montañas que están delante del río y cubren al mismo tiempo que éste el lago, fortificándolas de tal modo que quedaron casi inaccesibles; más á pesar de que esta parte de nuestra línea era la más fuerte, el archiduque resolvió atacarla, porque hubiera sido muy arriesgado dar un largo rodeo para intentar después un ataque por encima del lago en la longitud del Lent. Massena podía entonces aprovecharse de semejante coyuntura para destruir los cuerpos que quedasen á su frente y lograr así una ventaja decisiva.

El proyectado ataque ejecutóse el 4 de junio (16 pradiel) por toda la extensión del Limmat, quedando en todas partes rechazados los austríacos, á pesar de su tenaz resistencia. Al día siguiente, juzgó el archiduque que no debía renunciar á semejantes tentativas, para que no se perdiesen infructuosamente, volvió al ataque con la misma obstinación; y reflexionando Massena que podía ser arrollado, en cuyo caso sería muy difícil la retirada, y que á la línea que abandonaba se seguía otra más fuerte, la cordillera del Albis, que guarnece por detrás el Limmat y el lago de Zurich, resolvió retirarse espontáneamente.

En esta retirada perdía sólo la ciudad de Zurich, que no consideraba de gran importancia.

La cordillera del Albis, que costea el lago de Zurich, presentando además el Limmat un derrumbadero casi sin intermisión hasta el Aar, era casi inexpugnable. Al ocuparle sólo se perdía un pequeño terreno, porque se retrocedía únicamente desde la anchura del lago y el Limmat; por consiguiente retiróse espontáneamente y sin pérdida alguna, situándose de modo que el archiduque no concibió deseos de acometerle.

Nuestra posición seguía siendo casi la misma en Suiza, esto es, formando nuestra línea defensiva contra los austríacos, el Aar, el Limmat, el lago de Zurich, el Linth y el Reuss hasta el San Gotardo.

Macdonald adelantábase al fin por la parte de Italia hacia Toscana, y había dejado guarnición en el fuerte de San Telmo, en Capua y en Gaeta, con arreglo á sus instrucciones: lo cual era comprometer inútilmente á

unas tropas que no eran capaces de sostener al partido republicano y que dejaban un gran hueco en el ejército de operaciones. Al retirarse el ejército francés, había dejado entregada la ciudad de Nápoles á una reacción realista que podía compararse con las más horribles escenas de nuestra revolución. Macdonald había juntado en Roma algunos miles de hombres de la división de Garnier, en Toscana la de Gauthier y en Módena la tropa ligera de Montrichard, formando así un cuerpo de veintiocho mil hombres. Hallábase en Florencia el 6 pradiel (25 mayo), habiendo efectuado su retirada con mucha rapidez y con notable orden, pero desgraciadamente perdió mucho tiempo en Toscana, y no salió del Apenino á las llanuras de Plasencia hasta fines de pradiel (mediados de junio).

Si hubiera desembocado más pronto, habría sorprendido á los aliados en tal estado de dispersión, que hubiera podido destruirlos sucesivamente y rechazarlos detrás del Po. Suwarow se hallaba en Turín, que acababa de tomar, encontrando allí inmensas municiones. Bellegarde observaba los desembocaderos de Génova, y Kray sitiaba á Mantua, la ciudad de Milán y las plazas; pero en ninguna parte había reunidos treinta mil hombres, austríacos ó rusos. Si Macdonald y Moreau se hubiesen presentado juntos con cincuenta mil hombres, hubieran podido variar el aspecto de la campaña; pero el primero creyó deber emplear unos días en dar descanso á su ejército y reorganizar las divisiones que sucesivamente había reunido, con lo cual perdió un tiempo precioso, dejando que Suwarow reparase sus descalabros. El general ruso, al saber la marcha de Macdonald, se apresuró á salir de Turín y marchar con treinta mil hombres de refuerzo para situarse entre ambos generales franceses y recobrar la posición que no hubiera debido abandonar nunca. Al general Ott, que estaba en observación en el Trebbia, cerca de Plasencia, mandóle que se retirase hacia él en caso de ser atacado; ordenó á Kray que le enviase desde Mantua todas las tropas disponibles, encargando á Bellegarde que observase á Novi, de donde debía salir Moreau; y se dispuso á salir él mismo á las llanuras de Plasencia al encuentro de Macdonald.

Estas disposiciones son las únicas durante la campaña por las cuales mereció Suwarow la aprobación de los militares. Los dos generales franceses ocupaban siempre las posiciones ya indicadas; situados ambos en el Apenino, debían bajar para reunirse en las llanuras de Plasencia: Moreau iba á salir de Novi y Macdonald de Pontremoli. El primero de estos generales había enviado á Macdonald la división Víctor para reforzarle, situando en Bobbio, en la pendiente de las montañas, al general Lapoype con algunos batallones para favorecer la unión; su proyecto era aprovechar el momento en que Suwarow marchara de frente contra Macdonald, á fin de atacar su flanco. Para ello era, sin embargo, preciso que este general se mantuviese apoyado en las montañas y no aceptase la batalla muy en el interior de la llanura.

Macdonald se puso en movimiento hacia fines de pradiel (mediados de junio). El cuerpo de Hohenzollern, situado en los alrededores de Módena, guardaba el Po inferior; pero cercado por fuerzas superiores, perdió mil quinientos hombres y estuvo á punto de que le copasen. Este primer triunfo estimuló á Macdonald, haciéndole apresurar su marcha. La división Víctor, que acababa